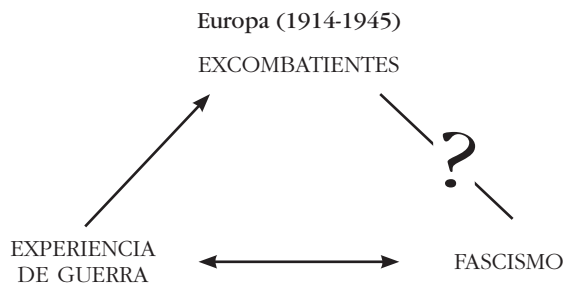


EXPERIENCIAS DE GUERRA Y FASCISMOS.
LOS EXCOMBATIENTES EN EUROPA Y ESPAÑA (1914-1945):
UNA INTRODUCCIÓN COMPARATIVA

ÁNGEL ALCALDE FERNÁNDEZ
RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

Este trabajo¹ se ha concebido como un ensayo introductorio e interpretativo acerca de las relaciones históricas entre las experiencias de guerra europeas del periodo 1914-1945, los movimientos excombatientes de diversas naciones, y el surgimiento y consolidación o fracaso de los fascismos. El eje sobre el que gira son las identidades excombatientes, que compusieron grupos sociales y movimientos políticos, y a su vez tuvieron un rol clave en aquella correspondencia histórica. Nuestro objetivo es descifrar la naturaleza de la conexión entre excombatentismo y fascismo.² Partiendo de la hipótesis de que los excombatientes son el canal adecuado por el que la experiencia de guerra se transmite culturalmente al fascismo,² intentaremos averiguar hasta qué punto es posible establecer una relación inversa: a saber, que el fascismo instilase en los grupos excombatientes una determinada interpretación de su experiencia de guerra. La constatación de un hecho, claro y distinto, que es la relación bidireccional entre guerra y fascismo, es lo que ha motivado emprender este estudio.



¹ El texto se presentó al Seminario de Jóvenes Investigadores en Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza para su discusión en diciembre de 2009. Agradezco a Javier Rodrigo, como relator de la sesión, y a todos asistentes las críticas y comentarios expresados.

² Omer Bartov, *Mirrors of Destruction. War, Genocide, and Modern Identity*, Oxford University Press, Nueva York, 2000, p. 13; Cf. Antoine Prost, *Les Anciens Combattants et la Société Française 1914-1939*, 3 vols., Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 1977.

Se intentará clarificar esa triangulación a través de la descripción y contraste de diferentes casos de países involucrados en la Gran Guerra de 1914-1918, para identificar cuál fue el grado de implicación de los excombatientes en los movimientos fascistas y su apoyo-base social. Incluiremos el examen del caso español, que sufre su propia experiencia bélica en 1936-1939. Con ello intentamos esbozar una interpretación global del excombatentismo europeo en el periodo de entreguerras, y de esta manera situar algunos puntos de partida y herramientas metodológicas y conceptuales para ulteriores investigaciones acerca de los excombatientes franquistas.

Nuestro marco geográfico y cronológico, el periodo de entreguerras europeo, es entendido aquí como un periodo iniciado con el estallido de una conflagración mundial, en el que se produce un proceso por el cual los fascismos y regímenes autoritarios fueron sustituyendo a las democracias liberales en el continente Europeo, y que culminó con la derrota de aquellos en la Segunda Guerra Mundial; un esquema en el que puede insertarse el caso español.³ En esta «guerra civil europea» el denominador común estuvo en la preponderancia global de la violencia, la cual se transmitió «de una guerra a la otra» a través de la «brutalización» de la sociedad, para dejar una fuerte impronta en las identidades individuales y colectivas.⁴

Característico producto de este lapso cronológico fue el fascismo, movimiento político que consideramos genérico y que comprende una serie de variantes nacionales cuyos más influyentes representantes fueron el fascismo italiano y el nazismo alemán.⁵ Teniendo en cuenta la vertiente violenta y militarista de estos movimientos en sus procesos de toma de poder, la perspectiva comparativa requiere insertarlos en su contexto y estimar su funcionalidad histórica (destruir la democracia parlamentaria y atajar la «amenaza» de la izquierda —u otros grupos indeseados— en la construcción de una «Comunidad Nacional»), de modo que podamos conectar, como premisa, al nuevo Estado franquista implantado en España desde 1936 con el fascismo.

³ Juan J. Linz, «La crisis de las democracias», en Mercedes Cabrera, Santos Juliá, Pablo Martín Aceña (comps.), *Europa en crisis, 1919-1939*, Pablo Iglesias, Madrid, 1991, pp. 231-285; Gregory M. Luebbert, *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, PUZ, Zaragoza, 1997; Julián Casanova, «Europa en guerra: 1914-1945», *Ayer*, 55 (2004), pp. 107-126.

⁴ La tesis de la «brutalización», en George L. Mosse, *Fallen Soldiers. Reshaping the memory of the world wars*, Oxford University Press, Nueva York, 1990. *Vid.* también O. Bartov, *Mirrors of Destruction*; Stéphane Audoin-Rouzeau, Annette Becker, Christian Ingrao, Henri Rousso (dir.), *La violence de guerre 1914-1945. Approches comparées des deux conflits mondiaux*, IHTP-CNRS, París, 2002, esp., pp. 11-25 para la idea del nexo de la violencia entre ambas guerras; Enzo Traverso, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*, Prometeo, Buenos Aires, 2009; Javier Rodrigo, «Continente cementerio: fascismo, heterofobia y violencia en Europa, 1914-1945», *Ayer*, 74 (2009), pp. 243-261.

⁵ Philip Morgan, *Fascism in Europe, 1919-1945*, Routledge, Londres, 2003.

Al referirnos a la «experiencia de guerra» comprendemos globalmente el conjunto de vivencias y fenómenos acaecidos en una sociedad, sobre grupos sociales o individuos que se encuentran inmersos en una situación de guerra. La experiencia de guerra siempre tiene una determinada estructura, pero es sumamente variable en función de cuál sea el sujeto protagonista y su posición respecto de unos acontecimientos bélicos que, además de no ser de naturaleza inmutable, pueden ser dotados de significados diversos. Las dos dimensiones que presenta la experiencia de guerra se definen, grosso modo, por la idea de «movilización» por un lado, y por la intensa presencia de la muerte y la destrucción material por otro. En una guerra «total» como la Primera Guerra Mundial, frente y retaguardia se encuentran interrelacionados por una retroalimentación y las fronteras entre civiles y soldados quedan emborronadas, algo que fue particularmente cierto en la guerra civil española.⁶

La experiencia de guerra es el origen de la figura del «excombatiente», pues este es un individuo cuya identidad y condición social han sido fuertemente determinadas por la participación directa en el acontecimiento bélico a través de su inclusión en un grupo armado. El excombatiente ha sido, a la vez, víctima y agente de la violencia de guerra, así como sujeto y objeto de la movilización. Según el estudio de Eric J. Leed sobre la configuración de la personalidad de los combatientes de la primera conflagración mundial, la experiencia de guerra puede estudiarse antropológicamente como un rito de paso o de iniciación. Se trata de un aprendizaje, no transmisible, que coloca a los excombatientes en los márgenes de la sociedad posbélica, ante la cual necesitan reafirmar sus identidades mediante lo simbólico y lo ritual, para dar sentido al trauma y sacrificio pasados. Los excombatientes, organizados al tomar conciencia de su situación común, exigen una función política y negocian su posición económica y social en (o contra) una sociedad que, ya en paz, no parece necesitar de ellos, por lo que su integración resulta conflictiva. En ese proceso el culto a los caídos es clave, y la muerte de masas un símbolo obligado, que sirve a los excombatientes para justificar su autoconcepción como élite, vanguardia o esencia de una nación.⁷

El excombatentismo fascista se fundó sobre lo que George L. Mosse llamó «Mito de la Experiencia de Guerra». En este mito, la realidad de la guerra era distorsionada por la interpretación de los propios combatientes, que glorificaban

⁶ Eric J. Leed, *No Man's Land. Combat & Identity in World War I*, Cambridge University Press, Cambridge, 1981; G.L. Mosse, *Fallen Soldiers*; John Horne (ed.), *State, society and mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997; Paul Fussell, *Tiempo de guerra. Conciencia y engaño en la Segunda Guerra Mundial*, Turner, Madrid, 2003; Paul Fussell, *La Gran Guerra y la memoria moderna*, Turner, Madrid, 2006; Joanna Bourke, *Sed de Sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2008; Javier Rodrigo, *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Alianza, Madrid, 2008.

⁷ E.J. Leed, *No Man's Land*; G.L. Mosse, *Fallen Soldiers*.

una serie de aspectos de su vivencia. El «espíritu de 1914», aquel entusiasmo nacionalista del voluntariado que sintió la guerra como «liberadora» y regeneradora; la camaradería de las trincheras, con sus relaciones jerárquicas y armónicas entre hombres sin distinción de clases; la consideración de la guerra como una ennobecedora prueba de virilidad; y el culto a los soldados caídos como héroes nacionales; fueron los rasgos que se yuxtaponían sobre la comunidad del frente (*Kampfgemeinschaft*) que aspiraba a forjar la sociedad del futuro según su propio modelo de valores: el resultado, la «Comunidad Nacional» (*Volksgemeinschaft*), regida por una élite ciegamente seguidora de un líder, donde no existirían las luchas de clases sino una disciplinada jerarquía. Así se erigía una nueva legitimidad política, la de la generación del frente que invocaba aquel espíritu de 1914 como fundamentación del nuevo Estado. La empresa de enmascaramiento colectivo de la masacre, que había permitido interpretar los acontecimientos como algo glorioso, habría conducido de este modo a la glorificación del uso de la violencia política fascista y al genocidio.⁸

Una serie de personajes europeos del periodo de entreguerras se reveló vocadora de la versión «positiva» de la experiencia bélica, recogiendo corrientes intelectuales finiseculares. El alemán Ernst Jünger es un representante paradigmático de aquella juventud aventurera que protagonizó el espíritu de 1914 y vivió la guerra como un acontecimiento definitivo y trascendental, como intento radical de la realización de la filosofía de la vida de Nietzsche, pero sobre todo como una formación que convertía a los soldados de la «sed de sangre» en los «superhombres» de un mundo nuevo transformado por la guerra total. El propio Jünger celebra, en los pasajes finales de *Tempestades de acero* (*In Stahlgewittern*, 1920), haber discernido el significado del cataclismo:

Aquello era distinto de todo lo que hasta aquel momento había vivido; era una iniciación, una iniciación que no solo abría las ardientes cámaras del Horror, sino que también conducía a través de ellas.⁹

De nuevo, la identidad de excombatiente que ha aprehendido un saber esotérico e intransmisible despunta, en Jünger, para adjudicarse una misión trascendental, más allá de la política, hacia un Estado superior. No en vano, Jünger, relacionado en la etapa de Weimar con los excombatientes del *Stahlhelm* teutón, y promotor ideológico de la revolución conservadora germana, apelaba a los «guerreros de ayer» para mantener, frente a la odiada República, las lealtades, tradicio-

⁸ George L. Mosse: «Two World Wars and the Myth of the War Experience», *Journal of Contemporary History*, 21 (1986), pp. 491-513; O. Bartov, *Mirrors of Destruction*; Jeffrey Verhey, *The Spirit of 1914: Militarism, Myth and Mobilization in Germany*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.

⁹ Ernst Jünger, *Tempestades de acero*, Tusquets, Barcelona, 2005, p. 271.

nes y banderas por las que se habían sacrificado en la guerra; para luchar por la venida de un nuevo Estado.¹⁰

Parece claro que este imaginario satisfizo en parte la necesidad de dar sentido al pasado traumático que acuciaba a los excombatientes de la Gran Guerra. Igualmente alimentó las perspectivas de redención nacional en las horas difíciles de la primera posguerra o de la crisis de los años treinta, coyunturas que coincidieron con las dos oleadas de movimientos y regímenes fascistas en Europa.

Conviene rastrear, dentro de esa primera oleada (1919-1929), el papel que los excombatientes tuvieron en la aparición del fascismo. Son particularmente relevantes los acontecimientos ocurridos en Italia. El país había entrado en la guerra a pesar de la oposición de la mayoría de los italianos en mayo de 1915. La opinión intervencionista fue la que se impuso, motivada por el nacionalismo, y representada entre otros por un Benito Mussolini que, renunciando a su pasado socialista, había dado un giro a su trayectoria. El futuro dictador supo organizar y erigirse en representante de los *Fasci di Combattimento*, que le brindaron su mejor oportunidad política. Estos grupos estaban en principio formados por excombatientes que abogaban por un nacionalismo revolucionario producto de la guerra, y que se habían formado, parcialmente, en la disciplina militar modélica de los *arditi*, unidades de élite del ejército italiano. Reunían en su credo la mentalidad intervencionista de ansias imperiales, el ultranacionalismo, el valor del voluntarismo y la mística juvenil. Se declararon enemigos del socialismo, en el que veían el mayor peligro de la revolución nacional, por su pacifismo y materialismo.¹¹

El movimiento de los *combattenti*, aún reducido, tuvo su presentación oficial en marzo de 1919, cuando en Milán se hizo público su Programa de San Sepolcro, que se limitaba a expresar contradictoriamente ambiciones nacionalistas territoriales derivadas del intervencionismo bélico. Pero pronto comenzaron las acciones violentas de los *squadristi*, dirigidas contra los socialistas, que se extendieron durante un periodo largo hasta el asentamiento fascista en el poder, quedando localizadas principalmente en el norte de Italia, donde contaron con el respaldo de terratenientes e industriales. El *squadristismo* fue, por tanto, la esencia del fascismo italiano en su fase de ascenso al poder, augurando el totalitarismo posterior. Con más precisión, una investigación detallada ha revelado la composición social que subyacía al movimiento en la posguerra. Menos del 50 % de sus miembros eran excombatientes, de los cuales la mayoría eran exoficiales de procedencia burguesa, lo que revela el potente atractivo que el mito creado en torno a la

¹⁰ Emilio Bosque Gross, *Heroísmo y razón en Ernst Jünger*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1990, p. 26.

¹¹ Richard J. B. Bosworth, *Mussolini*, Península, Barcelona, 2003; Emilio Gentile, *El culto del Littorio: la sacralización de la política en la Italia fascista*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.

guerra ejercía en grupos mesocráticos y entre jóvenes estudiantes universitarios.¹²

Ahondando más en la fase conceptual del fascismo italiano, Paul O'Brien ha analizado la transformación personal de Benito Mussolini a través de su propia vivencia como combatiente, la cual explica, en parte, el viaje desde el socialismo al fascismo del que sería *Duce*. Su experiencia de guerra plasmada en sus diarios y artículos de *Il Popolo d'Italia* se amolda al esquema mencionado del «rito de paso»: el «bautismo» del Isonzo, la inclusión en la comunidad fraternal de las trincheras, y su propia «carismatización» como líder de campesinos-soldados son, a su vez, una autoconstrucción del mito poético del héroe del frente que, como esos textos fueran publicados convenientemente, otorgó a Mussolini una imagen política adecuada en su pugna por el poder.¹³

Desplazándonos ahora al caso alemán, no sería necesario mencionar que el carácter de Adolf Hitler estuvo marcado por su condición de excombatiente. Su quizá mejor biógrafo, Ian Kershaw, nos lo dice claramente: fue la Primera Guerra Mundial y la derrota lo que creó a Hitler, y la cosmovisión de este se formó a partir de aquellas experiencias. En la primera posguerra alemana los excombatientes de la «generación del frente» resentidos por la derrota fueron numerosísimos, y los grupúsculos ultranacionalistas y pangermánicos proliferaron como setas después de la lluvia, furiosos contra el tratado de Versalles, y espoleados por el mito de la «puñalada por la espalda». El colapso del Imperio y el clima revolucionario fueron propicios para ello; la experiencia bélica generó claramente la violencia de los años subsiguientes.¹⁴

La desintegración del ejército germano en los últimos meses de guerra, y la precipitada y caótica, aunque finalmente exitosa, desmovilización de unos seis millones de soldados fueron las causas de que el nuevo Estado republicano de Weimar tuviera que recurrir al *Freikorps*, organización paramilitar y mercenaria motivada por el ultranacionalismo y el antisocialismo, extremadamente violenta y compuesta de cuadros semejantes a los *squadristi*, para sofocar la revolución espartaquista en enero de 1919. Aquello trajo nefastas consecuencias, entre ellas la irremediable división entre los socialistas y comunistas alemanes en el seno de la democracia, pero también que se produjera un trasvase desde las filas del *Freikorps* a las incipientes milicias políticas y cuadros de mando nazis.¹⁵

¹² Roberta Suzzi, «The Myth of Squadristo in the Fascist Regime», *Journal of Contemporary History*, 35, 2 (2000), pp. 131-150; Paul O'Brien, *Mussolini in the First World War. The Journalist, the Soldier, the Fascist*, Berg, Oxford/Nueva York, 2005, pp. 11-57.

¹³ P. O'Brien, *Mussolini in the First World War*, pp. 59-70.

¹⁴ Richard J. Evans, *The coming of the Third Reich*, Penguin, Nueva York, 2003. Ian Kershaw, *Hitler (I). 1889-1936*, Península, Barcelona, 2004.

¹⁵ Robert G. L. Waite, *Vanguard of Nazism. The Free Corps Movement in Postwar Germany 1918-1923*, Norton, Nueva York, 1969. Richard Bessel, *Political Violence and the Rise of Nazism. The Storm*

Hasta la conquista del poder por el NSDAP, la política alemana iba a estar condicionada por el bullicio de las organizaciones paramilitares, las SA nazis y otras de distinto color ideológico, que hicieron un extensivo uso de la violencia política. El militarismo impregnaba de tal manera a la Alemania de entreguerras que la tesis mosseana de la «brutalización» de la sociedad cobra allí su mayor sentido. La experiencia de la muerte masiva, la angustia, nos dice Traverso, se transmitió a la sociedad alemana de posguerra transformada en odio y fobia hacia un enemigo interior, judío y bolchevique.¹⁶

Es difícil calibrar la presencia de los excombatientes en el conjunto de la afiliación y la base electoral del NSDAP de los años treinta. Los análisis de los historiadores han privilegiado los aspectos sociales para conocer quiénes eran los nazis de esa década, algo que no carece de sentido si no se ignora que el vertiginoso crecimiento del partido se produjo en el escenario dispuesto por la Depresión. Esta fue la auténtica propulsora del éxito nazi, aunque el estudio de Hamilton sobre las elecciones de 1932 atribuye una responsabilidad fundamental a los efectos de la Primera Guerra Mundial en la sociedad, que habría creado las condiciones necesarias y una base de individuos «desplazados» por los acontecimientos bélicos y resentidos por Versalles.¹⁷

El estudio comparativo de Deborah Cohen sobre los mutilados de guerra alemanes y británicos arroja más luz. Demuestra que las víctimas de guerra alemanas en general, y los mutilados de guerra en particular, organizados en sus asociaciones corporativas, fueron mayoritariamente desleales a la República de Weimar y hostiles hacia sus conciudadanos. Que el Estado del bienestar erigido a costa de desarticular y absorber la beneficencia privada y las iniciativas+ filantrópicas otorgase a los excombatientes y mutilados enormes compensaciones socioeconómicas no pareció significar nada para estos. Los mutilados deseaban algo más que pensiones y programas asistenciales; pedían gratitud, respeto y honor; unas necesidades psicológicas que el Estado republicano no les supo ofrecer. El beneficiado de esta situación fue el NSDAP, que consiguió atraerse a sus asociaciones, enaltecendo a los veteranos y mutilados como héroes de la nación; sin embargo, a pesar de ser halagados constantemente por el nazismo ya en el poder, este no trajo ninguna mejora sustancial de los problemas materiales y burocráticos que obsesionaban a los excombatientes.¹⁸

Troopers in Eastern Germany 1925-1934, Yale University Press, New Haven/Londres, 1984; Richard Bessel, *Germany after the First World War*, Clarendon Press, Oxford, 1993.

¹⁶ G.L. Mosse, *Fallen Soldiers*; E. Traverso, *A Sangre y Fuego*.

¹⁷ Richard F. Hamilton, *Who Voted for Hitler?*, Princeton University Press, Princeton, 1982. Cf. Rudy Koshar, «Political Gangsters and Nazism: Some Comments on Richard Hamilton's Theory of Fascism. A Review Article», *Comparative Studies in Society and History*, 28, 4 (1986), pp. 785-793.

¹⁸ Deborah Cohen, *The War Come Home. Disabled Veterans in Britain and Germany, 1914-1939*, University of California Press, Berkeley, 2001.

Como vemos, la idea, ya intuida por los primeros observadores e historiadores del fascismo, de que este resultó especialmente atractivo para los veteranos de guerra, sobre todo para aquellos jóvenes educados que, comenzando como voluntarios, habían llegado a ser oficiales o suboficiales, no estaría mal encaminada.¹⁹ Pero la resonancia social del fascismo tiene orígenes más complejos y para comprenderla hay que insertarla necesariamente en su contexto histórico.²⁰ En una de las últimas ambiciosas explicaciones globales del asunto, Michael Mann concede cierta importancia a la condición de ser soldado como parte de una de las circunscripciones sociales sensibles al nación-estatismo fascista; pero a su vez deja claro que estas circunscripciones fueron diferentes según el movimiento y el momento, comportándose de forma dinámica.²¹

Por ello conviene salir del eje Alemania-Italia, donde la relación directa entre experiencia de guerra, excombatentismo y fascismo parece clara. ¿Qué ocurrió en otros países participantes en la Gran Guerra?

En el caso de Rumania, país vencedor, los excombatientes desmovilizados, cuyos intereses eran los de un campesinado reclamante de tierras, optaron mayoritariamente por el conservadurismo militarista del general Averescu, pero no parece que se sintieran precisamente atraídos por el movimiento fascista que Corneliu Zelea Codreanu puso en pie en la primera mitad de los años veinte. Codreanu, que había intentado alistarse voluntario en el ejército rumano durante la guerra, pero no era un excombatiente, sedujo principalmente a estudiantes universitarios y antisemitas para formar la Guardia de Hierro. Su activismo tuvo más que ver con el terrorismo ultraderechista y ultranacionalista revestido de misticismo que con el excombatentismo *squadrista*. Y su expansión social, que se produjo sobre los mismos grupos y clases sociales que otros fascismos europeos, se debió más a la crisis económica de principios de los años treinta que a la instrumentalización de mitos como el de la experiencia de guerra o del soldado caído.²²

En el fascismo británico destacó la British Union of Fascists de Oswald Mosley, personaje que había servido con el ejército inglés en las trincheras del frente occidental. La base social de esta corriente política contó en sus filas con un número importante de jóvenes oficiales militares y de la armada que también habían experimentado la guerra. No obstante, si el fascismo de Mosley atrajo a «hombres de violencia», asimismo resultó atractivo para individuos horrorizados por la pa-

¹⁹ Juan J. Linz, *Obras escogidas 1. Fascismo: perspectivas históricas y comparadas*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008, p. 43.

²⁰ Ferran Gallego, «Del *Stammtisch* a la *Volksgemeinschaft*. Sobre el lugar del nazismo en la Alemania de Weimar», *Historia Social*, 34 (1999), pp. 73-100.

²¹ Michael Mann, *Fascistas*, PUV, Valencia, 2006.

²² Francesc Veiga, *La mística del ultranacionalismo (Historia de la Guardia de Hierro). Rumania, 1919-1941*, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, 1989.

sada conflagración mundial. La memoria de la masacre conformó mucho de la ideología de la British Union of Fascists, pero en ella se mezclaba el recuerdo del sacrificio de la generación del frente con la lucha por la prevención de una nueva guerra europea.²³ Cabe destacar que en Gran Bretaña los mutilados de guerra, como grupo social, nunca resultaron conflictivos para el Estado liberal, aunque este los mantuviera relegados a los márgenes de la sociedad, donde quedaron bajo el amparo de la iniciativa filantrópica; y que la gran organización de excombatientes, The British Legion, destacó por su moderación y su función mediadora entre los veteranos y el Estado.²⁴

Si viajamos al Portugal de entreguerras comprobamos que la República, al parecer, fracasó en su intento de «memorialización» republicana de la Gran Guerra, aunque esta hubiera supuesto una considerable pérdida de vidas humanas. Tampoco nos encontramos con la presencia en la primera posguerra de formaciones paramilitares semejantes a las descritas en Italia o Alemania, aunque los movimientos fascistas portugueses en los años veinte y treinta recogieran los valores militares en su idiosincrasia. Los *antigos combatentes*, como grupo, no fueron un factor decisivo en la implantación del *Estado Novo* salazarista que, por su parte, ofreció una memoria negativa de la intervención «republicana» en la guerra mundial, y desconfió de las asociaciones de veteranos a las que acusaba de estar impregnadas de masonería. Puede concluirse que los excombatientes portugueses, más que encajar en el modelo italoalemán, se asocian al comportamiento francés que explicamos a continuación.²⁵

En Francia, los *anciens combattants* de la Primera Guerra Mundial, exhaustivamente estudiados por Antoine Prost,²⁶ constituyeron un actor histórico crucial en el periodo interbélico. Gracias a la tolerancia del marco democrático francés, sus asociaciones proliferaron por todo el país, singularizadas por su extremada diversidad política y social; aunque tendieron hacia la unificación sobre la base de un programa común. Según Prost, el movimiento excombatiente francés se caracterizó globalmente por el compromiso con la sociedad civil, más que con los valores militares, lo que era compatible con un exacerbado patriotismo republicano y un pacifismo evidente. Su modo de rendir culto a la guerra pasada tuvo la función de recordar a la sociedad francesa la gran masacre bélica. Escri-

²³ Thomas Lineham, *British fascism 1918-1939. Parties, ideology and culture*, Manchester University Press, Manchester, 2000.

²⁴ D. Cohen, *The War Come Home*.

²⁵ Antonio Costa Pinto, *Salazar's Dictatorship and European Fascism. Problems of Interpretation*, Columbia University Press, Nueva York, 1995. Silvia Correia, «Veterans in the center of the war experience myth dialectic construction. World war memory in Portugal», *II Encuentro de Jóvenes Investigadores en historia Contemporánea*, Universidad de Granada, Granada, 2009.

²⁶ A. Prost, *Les Anciens Combattants*. Antoine Prost, *In the wake of war. 'Les Anciens Combattants' and French Society, 1914-1939*, Berg, Providence/Oxford 1992.

tores excombatientes como Henri Barbusse, que presentaron una versión antimilitarista de la guerra (*Le Feu*, 1916) obtuvieron así amplio eco.

Con todo, las tendencias predominantemente conservadoras y nacionalistas de los excombatientes franceses desembocaron en su oposición a las políticas del *cartel des gauches* (1924-1932) y al *Front Populaire* de 1936. De hecho, la participación excombatiente en la concentración derechista en la Place de la Concorde de París el 6 de febrero de 1934 fue sonada, y sus causas y consecuencias encajan relativamente mal en el esquema interpretativo de Prost. Por otro lado, sí parece claro que la tesis de la «brutalización» no es funcional para aplicarla a la Francia de entreguerras;²⁷ y los grupos puramente fascistas franceses, como *Le Faisceau*, que contó con excombatientes integrados en su rama paramilitar, las *Légions*, hicieron solamente un uso limitado de la violencia política.²⁸

Como vemos, es desacertado presuponer que la experiencia de guerra necesariamente tenía que conducir a una «brutalización» de la sociedad, de modo que los excombatientes constituyeran la base social lógica o inicial del fascismo. De hecho, si regresamos a Alemania cabría recordar que la más importante asociación germana de excombatientes tuvo carácter pacifista, y en Italia Mussolini prefirió no recurrir a la Associazione Nazionale Combattenti para apoyarse, pues esta se componía principalmente de excombatientes campesinos de escasas intenciones subversivas. Los grupos paramilitares y de excombatientes fascistas mostraron siempre un sesgo social en su composición que no coincidía con el supuesto interclasismo de la imaginada comunidad de las trincheras, y todos los partidos y movimientos políticos de la posguerra europea contaron con excombatientes en sus filas.

Tampoco la noción abstracta de victoria o derrota aplicada a cada caso nacional de los países envueltos en el conflicto de 1914-1918 explica completamente la preferencia de los excombatientes por determinadas opciones políticas. La amargura producida por una humillación nacional fue un catalizador importante del acercamiento excombatiente al fascismo a través de mitos movilizadores; pero eso es solo una parte de la explicación. Los avatares específicos de la desmovilización de los ejércitos de masas, las condiciones sociales y económicas concretas en las que se desarrollaron y actuaron los grupos y asociaciones excombatientes, las tradiciones políticas y culturales previas a la guerra, etc. tuvieron tanta o más importancia en la inclinación del excombatentismo por el fascismo que la penetración del Mito de la Experiencia de Guerra o la «brutalización». Los años veinte y treinta no pueden ser explicados solamente observando

²⁷ Stéphane Audoin-Rouzeau, «Préface» en George L. Mosse.: *De la Grande Guerre au totalitarisme. La brutalisation des sociétés européennes*, Hachette, París, 1999.

²⁸ Allen Douglas, «Violence and Fascism: The Case of the Faisceau», *Journal of Contemporary History*, 19 (1984), pp. 689-712.

la cuestión de la violencia y su transmisión cultural a la sociedad y a la política a través del excombatentismo. En esos años, el papel histórico de los excombatientes vino determinado por cuestiones políticas y económicas, por su relación con la sociedad civil, clases y grupos sociales, élites y grupos de interés.²⁹ Aunque Prost afirme que no es posible definir a los excombatientes como un grupo social a la manera de los obreros,³⁰ eran aquellas cuestiones sociales las que insuflaron vida y sentido a los movimientos excombatientes de entreguerras.

Al fin abordamos el caso español. La diferencia fundamental con el resto de Europa es la no participación de España en la Primera Guerra Mundial, lo que absolvió al país de cargar con masas de excombatientes en la posguerra. No obstante, la larga tradición militarista española, el africanismo incubado en Marruecos y la Dictadura de Primo de Rivera fueron precedentes de la reacción antirrepublicana de 1936.³¹ En esta, la violencia africanista se extrapoló hacia un enemigo interior, pero tampoco debe minusvalorarse el papel que el falangismo tuvo en el golpe de Estado del 18 de julio. El fascismo español, con una ideología, un origen social y una mentalidad paramilitar análoga a la representada por el *squadrismo* italiano y el paramilitarismo nazi, realizó la misma función violenta que estos dos movimientos en el proceso de destrucción de una democracia. El falangismo obviamente no contaba con excombatientes en sus filas en 1936, pero sí que iba a contar con ellos una vez comenzada la Guerra Civil española, ya que el ejército franquista encuadró a más de un millón de españoles en sus tropas entre 1936 y 1939, y el nuevo Estado encargó a Falange la tarea de encuadrar y adoctrinar a toda esta masa excombatiente desde finales de 1939 a través de la Delegación Nacional de Excombatientes.³²

Aquellos excombatientes victoriosos del ejército de Franco contaron con grandes ventajas y beneficios en la posguerra española. Muchos ocuparon puestos de poder político, de manera que en su conjunto pudieron implantar sus esquemas ideológicos a la sociedad española. Otros, sin embargo, sufrieron las consecuencias de la autarquía, teniendo que recurrir al amparo otorgado por la Delegación Nacional de Excombatientes. El líder de esta, José Antonio Girón, utilizó una retórica ensalzadora del excombatiente como élite de la nación, lo cual se acom-

²⁹ R. Bessel, *Germany after the First World War*; Charles S. Maier, *La refundación de la Europa burguesa. Estabilidad en Francia, Alemania e Italia en la década posterior a la I Guerra Mundial*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1988; D. Cohen, *The War Come Home*.

³⁰ A. Prost, *Les Anciens Combattants*, vol. 1, p. 2.

³¹ Sebastian Balfour, *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Península, Barcelona, 2002; Alejandro Quiroga, *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008.

³² Ángel Alcalde, «Los excombatientes franquistas. Puntos de partida para una investigación sobre la cultura de guerra y los apoyos sociales al régimen de Franco», *II Encuentro de Jóvenes Investigadores en historia Contemporánea*, Universidad de Granada, Granada, 2009.

daba bien a la cultura de guerra franquista que impregnaba todo en los años de la victoria. Pero también parece claro que ese discurso no cristalizó en nada tangible. Los excombatientes franquistas de la posguerra fueron un «tigre de papel». El poder no les cedió espacio para la radicalización política, ni ninguna autonomía asociativa. De esta forma el colectivo social excombatiente, al menos en sus bases, quedó completamente desarticulado a la hora de expresar por sí mismo aspiraciones propias.

Según nuestra investigación, esa fue la situación española hasta 1945, cuando cerramos nuestro marco cronológico. La relación de los excombatientes franquistas con el fascismo fue compleja y los interrogantes que plantea siguen abiertos. Quizá la única conclusión que podamos aventurar aquí, sin salirnos del cuadro esbozado, es que el caso español, a pesar de que muestre características diferentes al ejemplo alemán o italiano, puede insertarse en el mismo marco histórico y conceptual que estos. La razón es que el fascismo, si es entendido como un fenómeno de escala europea determinado en gran medida por el contexto en el que se desarrolla, no necesitó basarse imprescindiblemente en una relación directa con la experiencia de guerra a través del excombatentismo, sino que esas relaciones, que existieron, pudieron tomar otras formas y sentidos.